

TIEMPO Y CALIDAD DE VIDA EN LAS CIUDADES LATINOAMERICANAS

ALFREDO FALERO

1. Consideraciones epistemológicas previas

Entre las problemáticas relegadas de las reflexiones sociológicas se encuentra la relación entre tiempo y sociedad. En los últimos años, sin embargo, se ha percibido una reconsideración del interés por el tema que ha llevado incluso a una relativa consolidación como especialización. Poco acertado parece, sin embargo, el rótulo de «sociología del tiempo». La confusión comienza cuando nos preguntamos por las características de este objeto de estudio. Temática huidiza, que nuclea múltiples aspectos de la dinámica social como de su aprehensión.

Y en ese sentido, surge la interrogante de cómo el andamiaje de conceptos contruidos en torno al tiempo se relacionan con la problemática urbana ambiental en América Latina. En verdad primeramente deberíamos preguntarnos si tiene sentido o importancia plantearnos tales cuestiones. Ello nos remite a lo que suele caracterizarse como calidad de vida, que entendida como categoría de análisis inclusiva y no como una mera expresión ambigua de connotaciones positivas (Falero, 1996), no puede dejar de lado aspectos como los que configuran nuestra experiencia de aceleración temporal.

Así pues, se tratará de indagar en la significación que diversos elementos vinculados al tiempo como experiencia social, presentan en relación con una propuesta ambiental alternativa e integral, que debe rápidamente esbozarse frente a la problemática compleja y en expansión de la

salud física y mental de los habitantes de las urbes latinoamericanas.

La articulación entre tiempo y sociedad nos lleva a preguntarnos en principio por lo que es el tiempo y si existe un «tiempo social» paralelo al «tiempo físico». Las dos preguntas están obviamente unidas. Se ha indicado que sólo el hombre, como ser autoreflexivo, lleva «dentro de sí» el tiempo, pero el proceso temporal envuelve no solo lo humano, sino todo lo que existe. El hombre participa del tiempo de la naturaleza, pero hace también del tiempo una construcción propia.

Pero de esto no podemos derivar un «tiempo social», sino precisamente una conformación social del tiempo. Sería asimismo erróneo indicar que nos «sumergimos» en un tiempo fluyente, pues ello estaría aludiendo a un tiempo absoluto, externo a los fenómenos cuando es al revés, son los cambios, los eventos, los que crean el tiempo.

Elías (1989), autor de uno de los clásicos trabajos sobre el tema, indica que lo que llamamos tiempo es en principio un «marco de referencia» social; se aprenden desde niños tanto conceptos temporales de orientación como la existencia de instrumentos para determinar posiciones temporales de los acontecimientos. Como con otros «hechos sociales» el tiempo parece independiente de los hombres y el lenguaje contribuye a esa fetichización: el tiempo «pasa», se dice, lo que denota una cosa separada, una existencia autónoma, a la que se adjudican propiedades.

* Trabajo presentado al XXI Congreso de ALAS

Así pues, el problema no se resuelve mientras se analicen los conceptos tiempo físico y tiempo social como entidades independientes. Como observó Elías, ello sólo contribuiría a presuponer naturaleza y sociedades humanas como esferas separadas, lo que también justifica la tajante escisión entre «ciencias naturales» y «ciencias sociales». Y como indicó Boaventura de Souza hace algunos años, la dicotomía entre ciencias naturales y ciencias sociales dejó de tener sentido y utilidad (1993, p. 37 y ss.)

O como valoró recientemente el informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las Ciencias Sociales «las convergencias entre las ciencias naturales y las ciencias sociales se hacen mayores en la medida en que las vemos a ambas dedicadas al estudio de sistemas complejos, en que los desarrollos futuros son resultado de otros procesos temporalmente irreversibles» (Wallerstein, 1996, p. 84).

Una convergencia entre estas dos esferas ya se ha advertido como ineludible en determinadas temáticas como la del Medio Ambiente. Precisamente la Sociología del Medio Ambiente parte de verificar las complejas interrelaciones entre sociedad humana y entorno físico. En el mismo sentido, al operar con el tiempo siempre están en juego procesos sociales al mismo tiempo que físicos.

Con respecto a lo último, podemos referirnos a lo que suele caracterizarse como tiempo cósmico, temática atrayente para un fin de siglo pleno de interrogantes que suele especular con interés hacia lo desconocido.

Pensemos en escalas temporales. Recordemos por ejemplo ese «tiempo profundo» —la escala geológica del tiempo— a la que Stephen Jay Gould (1992) caracteriza precisamente como la más grande contribución de la geología al pensamiento humano. Los 4.500 millones de años en que se calcula la edad de la Tierra, constituye una escala inimaginable para nuestra intelección y su aceptación generalizada es históricamente muy reciente.

Los términos comparativos que maneja Carl Sagan, por su parte, son esclarecedores. Si

representamos en la tabulación de un año la historia del universo colocando el *big bang* el 1º de enero, el origen de la vida en la tierra se ubicaría en un 25 de setiembre aproximadamente; el ser humano aparecería a eso de las 22.30 hs. de un 31 de diciembre y la historia de las civilizaciones conocidas correspondería tan solo a los últimos diez segundos de ese día (Sagan, 1993). Como observaba el ya fallecido divulgador científico, un cuadro cronológico de este tipo inclina forzosamente a la humildad.

En efecto, al considerar las condiciones espacio-temporales que necesita la naturaleza para la reproducción de la vida, la significación de la cotidianeidad, con rituales de tiempo definidos y de ritmos vertiginosos, pierde toda significación prioritaria y sobretodo pone en cuestión la sociedad actual basada en criterios capitalistas de corto plazo.

Cuando pensamos desde una perspectiva ambiental, e integramos la escala temporal de la naturaleza, las escalas sociales de tiempo —incluyendo la larga duración del que hablaba Braudel, que permitía rescatar la tendencia de un proceso más allá de concreciones coyunturales— quedan mediatizadas y se subvierten prioridades hasta ahora afirmadas en el actual orden civilizatorio.

Valga aquí rescatar a modo comparativo, aquel siglo XVII europeo en que comenzó a comprenderse que nuestro planeta no era el centro del Universo sino que representaba una minúscula partícula de arena en una playa gigantesca. Y fue el campo de la astronomía —por sus derivaciones sociales— y el rechazo a un universo aristotélico-tolomeico, el primero que hizo surgir conflictos entre la autoridad y la independencia intelectual.

Pero si el tiempo era entonces concebido como absoluto por Newton —en el sentido de flujo objetivo, de continuo uniforme— con Einstein encuentra un cambio paradigmático sustancial en tanto pasa a ser entendido como una relación (aunque como observó Elías, ni Einstein se libró del fetichismo de las palabras y «dio nuevo pábulo al mito del tiempo objetivo»). Hoy la idea de un espacio-tiempo relativo, que

no es absolutamente independiente del observador no está en discusión. Sí lo está la herencia de una visión del mismo como determinista y reversible.

Y ello nos lleva a la metáfora ampliamente conocida de «flecha del tiempo» (la expresión corresponde a Eddington), en el sentido que precisamente no existe igualdad reversible de causa y efecto. El devenir está ligado a la segunda ley de la termodinámica que indica sencillamente que en cualquier sistema cerrado el desorden, o la entropía (es decir el pasaje de energía útil y concentrada a inútil y dispersa) siempre aumenta con el tiempo.

Hawking, en su conocido libro de divulgación *Historia del tiempo* menciona la existencia de al menos tres flechas del tiempo diferentes, pero que apuntan en la misma dirección: la termodinámica, a la que referíamos anteriormente, la psicológica, es decir por la que sentimos que pasa el tiempo y la cosmológica en la que se ubica la expansión del universo (1992, p. 196 y ss.)

Nuestro interés, obviamente es considerar sociológicamente lo que el científico inglés denomina «flecha psicológica» del tiempo. Es decir, lo que en verdad significa plantear la flecha temporal de una conciencia que se construye socialmente, pues el inconsciente no implica ninguna flecha temporal. Antes de ello, sin embargo, es preciso agregar otras generalidades que nos permitan ubicar el concepto en lo que yase identifica como «cambio de paradigma».

En ese sentido se pregunta Prigogine «¿Por qué existe una flecha del tiempo? Pues al final de este recorrido donde se han roto sucesivamente tantos ideales de eternidad, donde el devenir irreversible ha sustituido en todos los niveles a la permanencia, la flecha del tiempo se impone como nuevo pensamiento de la eternidad». (Prigogine, 1990, p. 209).

Posteriormente aclara que no debe interpretarse esto como nueva «visión del mundo» que impone una «verdad revelada» sino como «invención de lenguajes nuevos, apertura de nuevas posibilidades de pensar y de decir lo que vivimos». En efecto, «la construcción de una

coherencia entre lo que vivimos y lo que somos capaces de pensar es una tarea abierta, indefinida, que constituye el «lugar común» en el que nuestros saberes y nuestras experiencias pueden entrar en relaciones que no los oponen en sus certezas antagónicas sino que los abren a lo que les desborda» (p. 213).

En nuestro fin de siglo, para Prigogine, lo que observamos a nuestro alrededor remite a que «el mundo no es uniforme, no está en su estado «más probable», por el contrario «vivimos en un mundo improbable» y la flecha del tiempo, la posibilidad de definir entre el antes y el después es simplemente consecuencia de este hecho.

Asumir la inestabilidad, la contingencia, donde el futuro es incierto es el desafío planteado. Para la ciencia natural se trata de «hacer compatible la idea de leyes de la naturaleza con la idea de acontecimientos, novedades y creatividad» (Wallerstein, p. 69). Si la ciencia clásica percibía al mundo en forma determinista, con la necesidad de descubrir leyes causales capaces de describirlo, el fin de siglo trae entonces nuevos modos de pensar.

En un mundo en devenir lo nuevo es, de esta forma, significativamente irreductible. ¿Ello lleva a ignorar el estudio de períodos históricos como escasamente útiles para efectos comparativos? Desde nuestra perspectiva esto no está implicado, pero a condición de que el derecho a aislar en el flujo histórico un fenómeno macrosocial sea realizado con determinados cuidados de recorte espacio-temporales.

Fuera de los problemas temporales en la construcción teórica, la relación entre tiempo y sociedad tiene múltiples aspectos que podrían considerarse. Su aprehensión puede tener distintas variantes clasificatorias. Sergio Bagú, por ejemplo, proponía a fines de los años sesenta, tres tipos de procesos sociales que se corresponden con tres dimensiones del tiempo a las que simultáneamente pertenecemos:

- el transcurso: procesos iniciados hace decenios (o siglos) y hace poco.
- el espacio: que ocurren en su totalidad en una superficie reducida y en lugares distantes entre sí.

- la intensidad: ritmos muy lentos de desarrollo y ritmos vertiginosos. (Bagú, 1970, p. 104 y ss.)

Basándonos en la propuesta precedente, si hemos aludido tangencialmente a lo primero, el aspecto que en este trabajo debemos considerar es sobre todo el último. Y hablar de tiempo en la constitución de sentido de construcción social (y aquí lo vamos a hacer en referencia a la construcción de significados en torno a la temática del medio ambiente urbano) es hablar de ritmo.

En efecto, como observa desde su propuesta epistemológica Zemelman (1996), en estos casos, es mejor referirnos a ritmo que a temporalidad abstracta y externa al sujeto. Pero, debe indicarse que fue Durkheim el primero que reflexionó desde la sociología sobre el ritmo de la vida social, desde su conocido trabajo *El suicidio* de 1897.

2 - Inflexiones históricas en la vivencia del tiempo

De encaminarnos por un somero rastreo histórico, vemos que la importancia social que se le atribuye al tiempo es claramente marginal en la Edad Media. Le Goff, uno de los más conocidos historiadores de las mentalidades que se ocupó abundantemente del período, observa que «en el occidente medieval la unidad de tiempo de trabajo es la jornada, al principio jornada de trabajo rural que encontramos en la terminología metrológica —el jornal de la tierra— y, a su imagen, jornada de trabajo urbano, definido por la referencia cambiante al tiempo natural, de sol a sol, y subrayada de forma aproximativa por el tiempo religioso, el de las *horae canonicæ*, tomada de la Antigüedad romana» (1983, p. 64).

Giddens, centrando su reflexión en las discontinuidades que caracterizan la modernidad en relación al orden social tradicional, señala la significación de lo que denomina «separación del tiempo y el espacio y de su recombinación». Las relaciones entre personas distantes (en tiempos de conexión que se van a ir acortando) modifican una vida social pautada por la «presencia» de la interacción cara a cara.

La separación social tiempo-espacio es una condición fundamental de lo que identifica como «desanclaje» es decir el despegue de las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y la reestructura en indefinidos intervalos espacio-temporales. Lo que llamativamente se omite es toda referencia a cómo el mundo laboral provoca fuertes transformaciones en ese sentido.

A excepción del trabajo de noche —casi una herejía— los conflictos sobre el tiempo de trabajo son prácticamente inexistentes hasta el siglo XIV; hasta entonces se trataba solo de un tiempo rural, de ritmos naturales y también de prácticas religiosas. Pero es precisamente la necesidad de marcar un tiempo urbano, naciente de organización del trabajo (el sector textil, recordemos, conforma ese «protocapitalismo» de entonces) lo que lleva a que el tiempo pase a ser preocupación. «De la campana del trabajo al reloj mecánico», se podría titular este tránsito de conflictos que comienza a manifestarse y que es también un símbolo de cambios profundos.

Thompson (1989) recuerda que desde el siglo XIV en adelante, se erigieron relojes en iglesias y lugares públicos, aunque su precisión no se lograría hasta la aplicación del péndulo a mediados del siglo XVII. No obstante lo importante a señalar a nuestros efectos es como algunos grupos sociales van haciendo énfasis en la medición del tiempo paralelamente al tránsito a un capitalismo industrial. De hecho, la atención que en buena medida se presta al tiempo depende de la necesidad de sincronización del trabajo.

No necesariamente ello deba significar un invento del capitalismo, ya que se pueden articular elaboraciones temporales previamente puestas en práctica.

Si nos atenemos al planteo de Foucault, ese control del tiempo resulta en verdad una vieja herencia de las comunidades monásticas, en tanto «sus tres grandes procedimientos —establecer ritmos, obligar a ocupaciones determinadas, regular los ciclos de repetición— coincidieron muy pronto en los colegios, los talleres y los hospitales». (1988, p. 153).

De acuerdo con Thompson, ya en el 1700 tenemos en algunos lugares el conocido panorama del capitalismo industrial disciplinado, y lo que involucra en cuanto a control de tiempo: hojas de horas, vigilantes e informadores y un sistema de multas. Se trata de que «producción y disciplina se articulan dentro de una estrategia global de desarrollo, expresada en una determinada manera de modelar y organizar tanto el espacio como el tiempo fabril, gestionando un adecuado equilibrio entre la materialidad del orden y la eficacia social de sus representaciones simbólicas...». (Castillo, 1991, p. 19).

En estos rápidos trazos no podemos olvidar los elementos culturales que fueron conformando ese disciplinamiento. Como observa Thompson, «el puritanismo en su matrimonio de conveniencia con el capitalismo industrial, fue el agente que convirtió a los hombres a la nueva valoración del tiempo; que enseñó a los niños, incluso en su infancia, a progresar a cada luminosa hora, y que saturó las cabezas de los hombres con la ecuación, el tiempo es oro». (1989, p. 291).

Así pues, la exigencia de una disciplina del tiempo —en el marco de una búsqueda de métodos eficaces de producción— encuentra en el siglo XVIII un aliado en ese «reloj moral» al decir de Thompson, es decir la interiorización de la disciplina que proporciona la valoración puritana. Pero, ¿cuánto de asumida y cuánto de impuesta?

No interesa aquí dilucidar tal cuestión, aunque cabe recordar sí que ese proceso se da en el marco de la resistencia de las clases populares a la explotación, que es también resistencia a la confiscación de su tiempo. Como nos recuerda Jean Paul de Gaudemar, respecto al siglo XIX, «la duración de la estancia cotidiana del obrero en la fábrica puede en efecto analizarse desde la óptica de un control generalizado sobre su vida; cuanto más larga sea esa estancia, más cortos serán sus ratos de permanencia en los lugares en los que el control patronal no puede ejercerse: por ejemplo el cabaret». (1991, p. 54).

Por supuesto que luego habrá otros caminos. Por ejemplo, Taylor y su «estudio científico y sistemático del tiempo», donde la

estructuración rigurosa del mismo es más producto de una eficacia productiva que un ejercicio de la disciplina por sí. En este sentido, debemos considerar que cada modo de acumulación no implica automáticamente una forma disciplinaria «adecuada», sino que se da una dinámica contradictoria de «tanteo» a tales efectos.

En síntesis, se trata de observar ese proceso que culmina en una profunda inflexión en el siglo XIX en el modo de experimentar el tiempo. De un tiempo difuso, rural, de ritmos irregulares al tiempo preciso, urbano, mensurable, de ritmos planificados. Aquella conocida consigna de Franklin *time is money*, que marca el tiempo propio de la fábrica y entonces de la urbe, termina universalizándose.

Universalización que también se choca con representaciones diversas. Considérense por ejemplo, las concepciones del mundo indio o chino, que implican significaciones distintas del tiempo, desde el cosmológico hasta los ritmos diarios. Dejemos aquí simplemente planteado el punto, pues nos alejaría de nuestro objeto de estudio.

3 - Globalización y problemática ambiental en las ciudades latinoamericanas

No resulta teóricamente novedoso bucear en la historia reciente de América Latina y considerar los efectos sociales de la crisis de los años ochenta, esa «década perdida» a cuyo término el 62 % de la población, unos 270 millones de latinoamericanos, entraban en la categoría de pobres. Sin embargo un recorte temporal de esta naturaleza, deja de lado un proceso mayor en el que se inscribe este fenómeno y es que desde fines de los años sesenta, asistimos al agotamiento de la expansión del modelo fordista de acumulación surgido en la postguerra. Se puede afirmar que observamos las consecuencias en la periferia de la gestión de la crisis que se da en el centro capitalista.

Pero paralelamente asistimos a los tanteos de una nueva etapa de acumulación que tiene como uno de sus primeros ejes de análisis la llamada globalización o mundialización, un fenómeno frecuentemente aludido en cualquier

estudio. Entre las definiciones con que podemos caracterizarlo, nos parece acertado indicar que se trata de la «imposición de un orden internacional que moldea no sólo la expansión del tejido de acciones de los grandes complejos transnacionales de negocios financieros, sino también de los grandes bloques de producción material y aun de los de producción e instalación de comunicaciones y transmisiones ultramodernas —la famosa progresión mediática— sobre los que los Estados en particular casi no tienen influencia». (Martínez Escamilla, 1996, p. 305).

La reestructuración de los procesos productivos —el llamado postfordismo— implica un proceso de reubicación industrial en el que los países de la periferia reciben fases de producción (que no incluyen el *know how* obviamente). Entre los requerimientos de la búsqueda de instalación, están los bajos costos salariales y las limitadas (o a veces inexistentes) restricciones en la normativa ambiental. El extraordinario desarrollo que está teniendo la tecnología de las telecomunicaciones (microelectrónica e informática) ha llevado a eliminar las barreras de espacio y tiempo.

El impacto a nivel de unidades geopolíticas nacionales es realmente importante pero no implica una desaparición de las mismas. La expansión desde el centro a través de empresas transnacionales y corporaciones financieras, puede tender a articular, refuncionalizar o marginalizar, pero no puede eliminar Estados de los que todavía se sirve.

Más allá de variantes teóricas, hasta aquí el proceso en curso resulta conocido. Pero cuando tocamos el tema del tiempo, resulta más clarificador avanzar un poco más en el nivel de abstracción propuesto. Desde la perspectiva teórica aquí sostenida, llegamos así a lo que Marx había reflexionado en su momento como una posibilidad histórica que se habría concretado: el paso de la subsunción formal a la subsunción real del capital.

Esto es, pasamos a la sujeción de la sociedad al modo de producción capitalista, lo que se concreta precisamente a nivel global. Si en la etapa de subsunción formal, se recurre a la

prolongación del tiempo de trabajo como forma de producir plusvalía —es decir, plusvalía absoluta— la subsunción real del trabajo en el capital opera como el desarrollo de todas aquellas formas que producen plusvalía relativa.

Ello implica en palabras de Marx «una revolución total (que se prosigue y repite continuamente) en el modo de producción mismo, en la productividad del trabajo y en la relación entre el capitalista y el obrero». (1985, p. 72 y 73). Lo que caracteriza o especifica esta etapa es, pues, nuestro objeto de estudio: el tiempo. Para ser exactos, su concentración y potenciación.

Estos cambios, presuponen la conformación de un nuevo sujeto. El teórico italiano Toni Negri, había propuesto hace años llamar a este sujeto «obrero social», en sustitución del «obrero masa». Si la expresión propuesta resulta rápidamente caduca, o al menos probablemente llamativa por sus reminiscencias, apresurémonos a señalar que Negri designa con ella una multiplicidad de agentes de transformación, en tanto agentes colectivos de cooperación productiva.

Porque si el antagonista en la relación trabajo-capital era el obrero industrial —el «obrero-masa» vinculado directamente a la fábrica— la nueva etapa de acumulación debe presentar al menos en germen otro sujeto. Si la reestructuración en curso implica que «el trabajo abandona la fábrica para hallar en lo social, precisamente, el lugar adecuado a las funciones de consolidación y de transformación de la actividad laboral en valor», no podemos pensar más en términos de representación clásica de oposición trabajo-capital. Obviamente, en algunos aspectos ella subsiste. Por ejemplo, en América Latina encontramos formas de «fordismo periférico» con grandes fábricas y sistemas de turnos. Pero, lo nuevo, es que «producción y reproducción constituyen a través de lo social, un circuito totalmente homogéneo, indistinguible». (Negri, 1992).

Fragmentación y flexibilización de procesos productivos, nuevas combinaciones posibles de trabajo y capital; de la fábrica concentrada a la «fábrica difusa». Ello requiere asimismo de nuevas infraestructuras de

interconexión y una máxima fluidez comunicativa. En el área de la reproducción cotidiana, las esferas del deporte, el turismo, los nuevos hábitos alimentación, en fin, el «tiempo libre» es refuncionalizado como nunca en la órbita del capital, ya es «tiempo de consumo». Esto, como es de suponer, necesariamente tiene repercusiones en la ciudad, que se transforma ahora en una gran máquina productiva.

Desde las «ciudades globales» se gestiona y controla el proceso. La otra cara de éste, son las ciudades de la periferia. Esta articulación genera requerimientos diversos de infraestructura para el nuevo despliegue, en especial en las llamadas «megaciudades», hiperurbanizaciones como San Pablo o México que —como diría Fernández Durán— constituyen verdaderos «agujeros negros» donde van a parar los recursos.

El modelo de «fábrica difusa» con formas más flexibles de producción, requiere el desarrollo de transportes rápidos. Y la infraestructura de aeropuertos, autopistas, vías rápidas o estacionamientos son también grandes devoradores de espacios metropolitanos y de energía. Se trata de posibilitar como veremos, la velocidad creciente, que Virilio designó como «cara oculta de la riqueza».

Paralelamente, los procesos de degradación urbana en América Latina tienden a agravarse, y traslucen un conjunto de carencias de infraestructura y servicios para buena parte de su población. Y aquí es fundamental recordar su relación con la salud. Más allá de matices en ese sentido, se sabe que la falta de cobertura de la red de saneamiento es causa de transmisión de múltiples enfermedades tales como diarreas, disentería o cólera, ni que hablar de quienes conviven entre montañas de basura, foco de contaminación directo o indirecto a través de la contaminación de las fuentes de agua.

Sin dudas, la problemática urbano ambiental en las ciudades latinoamericanas, está estrechamente vinculada a la reproducción de la pobreza y la exclusión; amplios segmentos de la población, cuya representación espacial es la conocida —dentro de la «ciudad dual»— como la «ciudad pobre» o «informal».

Por ello, pensar al medio ambiente urbano como ligado a problemáticas específicas, cuadros aislados (del tipo «contaminación del aire») inconexos en relación a una problemática integral aquí someramente expuesta, resulta mistificador de la realidad. Sostenemos, en fin, que las condiciones de reproducción social urbana deben formar parte de cualquier proyecto ambiental alternativo. Y ello supone integrar en primer lugar demandas de los sectores tradicionalmente postergados en infraestructura y servicios.

No obstante ello, nuestro objeto de estudio nos remite no solo a la calidad de vida de estos sectores sino también de la de aquellos que pertenecen a la «ciudad formal». ¿Qué relación tiene esto con el tiempo y por qué puede considerarse una problemática ambiental? A contestar tales preguntas dedicaremos las próximas líneas.

4 - Calidad de vida y experiencia del tiempo

Los cambios que se registran en la forma de producción global, tienen repercusiones espaciales que también implican una nueva forma de vivir el tiempo de amplios sectores. Ahora se trata, como observó el historiador Jean Chesneaux de «un tiempo desnaturalizado, desrealizado, degradado en sistema artificial, finalmente disuelto», agregando «a medida que se organiza de manera más rígida, el tiempo técnico-social se disocia de los ritmos naturales». (1992).

Se vive lo que Harvey analiza como «compresión del espacio-tiempo», cuyos apoyos tecnológicos son satélites, fibras ópticas, informática, etc. La necesidad de esta tecnología como soporte de los mercados financieros globales no requiere mayor explicación.

Por otra parte, y como ya aludimos, los cambios de organización —el *just in time*— que implica reducción de stocks y reduce los tiempos de giro de muchos sectores de producción y la descentralización de los procesos productivos —el modelo «fábrica difusa»— requieren de fluida comunicación y transporte. Según Harvey, «para los trabajadores, todo eso implicó una intensificación de los procesos de trabajo y una

aceleración en la descalificación y recalificación necesarias para la atención de las nuevas necesidades de trabajo». (1993, p. 257).

Llegados aquí, debemos aclarar que esto no significa que estos cambios sean los que haya que resaltar en América Latina. Existen por ejemplo grandes fábricas —partes de lo que se ha rotulado de «fordismo periférico» con sistemas de turnos que requieren asimismo de alteración de ritmos corporales (incluido el trabajo nocturno).

En relación al manejo del tiempo, los aspectos que hoy debemos hacer hincapié, tienen que ver con la precariedad laboral que caracteriza hoy el empleo en la región. Existe una sustitución de criterios de contratación hacia formas más flexibles que podríamos esquematizar de la siguiente forma:

- a) contratos por períodos de prueba, a través de agencias de servicio temporario, etc.
- b) contratos a tiempo parcial
- c) contratos de aprendizaje, lo que incluye formas de pasantías.

A esto hay que agregar el cuadro de informalidad laboral que ocupa a un 40 % de la población ocupada latinoamericana. Pero como se puede advertir, se evitan en todos los casos pagos por despidos o costos adicionales derivados de potenciales medidas de lucha. El capital maneja así, un horizonte temporal de corto plazo que afecta las decisiones que se toman. El mismo horizonte temporal que aparece cuando se trata de explotación de recursos naturales.

A partir de este cuadro general, interesa rastrear en forma generalizada como se va configurando un frenético estilo de vida en lo que tiene que ver con actitudes, comportamientos, motivaciones y experiencias en relación al tiempo.

Si nos referimos a horas de trabajo diario, las famosas «ocho horas» han cedido paso al pluriempleo, las horas extras cuando son posibles, etc. lo que reduce el tiempo libre deducible a otras actividades. Pero más allá de esto, lo que interesa ver aquí es —repetimos, en el marco de esta etapa subsunción real— la intensificación o concentración del tiempo de trabajo, lo que implica eliminar «tiempos muertos».

Pero para muchos profesionales que viven su «agenda cargada» —lo cual es además un símbolo de éxito a utilizar toda vez que se pueda— su ritmo de trabajo aumenta. A veces frenéticamente, y el caso más típico de los últimos años es el *yuppie* y su angustia permanente del tiempo. Porque, como se ha dicho, 24 horas es demasiado tiempo en el mundo de las finanzas.

Este tipo de aceleración laboral aparentemente incontrolable es paralela a la de la esfera cotidiana. Para algunos sectores con posibilidades de consumo, escapar de la carga estresante del trabajo implica precisamente eso: consumir. A ello contribuye un bombardeo de estímulos, que genera lo que se ha explicado como «sobrecarga sensorial», tal como hace notar Harvey (y había adelantado en parte Simmel a principios de siglo).

En verdad el tema del consumo —y la masificación de la moda que lo acelera— se encuadra en los llamados «estilos de vida», sobre el que se han volcado ríos de tinta. En este trabajo apuntamos simplemente a mencionarlo como expresión del ritmo de la vida actual. Pero no se trata solo de comprar productos (o ver imágenes de productos que quizás nunca se alcancen), la pregunta que se hace permanentemente el capital es cómo hacer ese tiempo «no laboral», útil para explotarlo en las industrias del ocio y la distracción. O en otras palabras ¿cómo llenar los intersticios del tiempo con formas de valorizar el capital?

Lefebvre y Régulier señalan en un trabajo en relación a esa lucha por el tiempo y los horarios: «esta lucha tiene prolongaciones sorprendentes. Los ritmos llamados naturales se modifican por razones múltiples, tecnológicas o socio-económicas, de una forma que exige investigaciones profundas. Por ejemplo, las actividades nocturnas se multiplican, trastornando los ritmos circadianos. Como si el día no bastase para realizar las tareas repetitivas, la práctica social va arañando poco a poco sobre la noche». (1992, p. 264).

Otro ejemplo posible de aprovechamiento al máximo del tiempo, lo señala Chesneau con la famosa «comida rápida» o *fast-*

food, la cual «niega el arte tradicional de los cocimientos escalonados en el tiempo, la maduración plural de gustos y sabores, la combinación de ingredientes que se armonizan progresivamente» (1992).

Pero lo que interesa sobre todo es apuntar aquí que tanto el estilo de vida, con viajes frecuentes a hipermercados o *shoppings*, actividades de ocio que ocupan el «tiempo libre» y requieren de traslados; como los procesos productivos requieren de desplazamientos más rápidos y por tanto mayores infraestructuras. El espacio no puede constituir una barrera para el tiempo, sino una abstracción.

En el primer caso, esta movilidad se ha basado en el automóvil, definido como «rasgo característico de la cultura urbana contemporánea». Después de todo, ofrece «estímulos y satisfacciones evidentes por cuanto amplía la libertad individual, uno de los elementos paradigmáticos de la metrópoli contemporánea». (Neira, 1996, p. 42 a 44). En el segundo caso, se ha recurrido al transporte por camión, el medio más flexible para la «fabrica difusa». Se crean así problemas de congestión que requieren fuertes inversiones en infraestructura.

El uso del tiempo es un factor del estilo de vida, y es obvio que desplazamiento y velocidad están marcados por la desigualdad social. Los sectores de ingresos bajos, se ven obligados a recorrer grandes distancias, ya que los barrios en que viven suelen estar alejados de los lugares de trabajo. El transporte público — en general ómnibus— es lento y se constituye en un factor adicional de desgaste físico y mental.

Contradictoriamente con esa «cultura de la prisa» se ha observado que «en el centro de algunas ciudades la velocidad promedio del tránsito automotor ha llegado a ser de 12 a 15 kilómetros por hora, la misma velocidad de un carruaje tirado por caballos». Ello sin contar con que las consecuencias del congestionamiento «son el recalentamiento de los motores, —con radiación de calor para la atmósfera— aumento sustancial del consumo de combustible, pérdida de tiempo productivo y concentración del escape de gases tóxicos». (Neira, 1996, p. 50).

5 - Tiempo y salud: la relación oculta

La relación entre percepción del tiempo y proceso salud-enfermedad forma parte de todas las culturas. No obstante, parece que en la nuestra, solo hace algunos años que se ha comenzado a tomar conciencia, por ejemplo, de la conexión entre la aceleración de las relaciones sociales del medio urbano y el *estrés*. En este sentido, a la citada imagen del *yuppie* se le ha adicionado ciertas problemáticas sanitarias vinculadas al desempeño gerencial, caracterizándolas como «resfriado *yuppie*», una condición de cansancio psicológico con síntomas parecidos al resfriado.

Es posible compartir con Chesneaux (1992) que «ricos y pobres, todos ceden a la presión estresante de lo inmediato», aunque habría que agregar que las posibilidades de respuesta sean diferentes. Los citados Lefebvre y Régulier observan al cuerpo humano como «sede y lugar de interacción entre lo biológico, lo fisiológico (naturaleza), lo social (llamado a menudo «cultural»), cada uno de estos niveles, cada una de estas dimensiones con su especificidad, es decir, su espacio-tiempo: su ritmo» y «de aquí los choques inevitables (*estrés*), trastornos, perturbaciones, en este conjunto en el que nada garantiza de forma absoluta la estabilidad». (1992, p. 271).

Sin intentar abusar de las citas, más explícitamente en relación con patologías posibles, la médica Larry Dossey explica que «la sensación de urgencia hace que se aceleren algunas de nuestras funciones corporales rítmicas, como el ritmo cardíaco y el respiratorio. Ello puede acarrear una subida exagerada de tensión sanguínea, junto con un aumento de nivel en la sangre de determinadas hormonas vinculadas a la respuesta corporal al *estrés*. Y así, nuestra percepción del reloj que se acelera y del tiempo que se escapa hace que nuestros propios relojes biológicos se aceleren a su vez. El resultado final reviste con frecuencia una u otra de las formas de la «enfermedad de la prisa»: enfermedades del corazón, tensión alta o depresión de la función inmunológica, que conduce a una mayor vulnerabilidad con respecto al cáncer y todo tipo de infecciones». (reproducido en Vicens, 1995, p. 47).

Valga la extensa cita para remarcar como la relación entre un estilo de vida pautado por la aceleración y la competencia, puede conducir a enfermedades psicosomáticas. Pero existe otro eje de análisis posible en la relación que planteamos y tiene que ver con todo lo relacionado a la concurrencia a un médico y a la relación misma médico-paciente.

Comencemos por recordar que sentirse enfermo es también una decisión. Y frente a ésta, muchas personas pueden sentir precisamente la indecisión de tener que suspender las actividades programadas con anterioridad, (aunque no pocas veces, puede significar también no recibir el salario de ese día), para concurrir a un centro asistencial. En cuanto a la relación médico-paciente misma, ésta se encuentra más permeada por la cantidad de pacientes que se pueden atender (producto del multiempleo profesional) que por la calidad de la consulta. Más allá de lo que puede analizarse como contacto superficial, ello nos remite al tipo de curación.

Vicens en su análisis global de la sociedad actual, ha resaltado que la relación entre percepción del tiempo, su vivencia acelerada, tiene repercusiones tanto como «enfermedades de la prisa» como de «devastación ecológica». La agresión urbana sobre la naturaleza demuestra como la actitud de esquizofrenia cultural es llevada al organismo humano mediante el modelo molecular de curación, que excluye los componentes humanos.

El entrelazamiento temático que aquí se sugiere, no debe hacer perder de vista el contexto manejado, es decir las aglomeraciones urbanas latinoamericanas, las que bombardean diariamente con ruidos, violencia, competitividad, rapidez, etc. lo que difícilmente puede dejar igual — psicológica y físicamente — a sus habitantes. Aceleración del tiempo y velocidad espacial están pues inextricablemente unidos. El desarrollo urbanístico a gran escala de las metrópolis latinoamericanas, repitiendo el esquema del norte, requiere la posibilidad de velocidad para ser funcional y ello se identifica automáticamente con progreso. A partir de aquí, pues, resta plantearnos acerca del nivel de respuesta que puede darse a la situación expuesta.

6 - Alternativas

Proponer una actitud orientada a la salud, que implique la expansión del tiempo o la capacidad de «abolirlo», o estilos de vida más frugales, que permitan apostar a la calidad de las relaciones humanas, resulta una expresión de deseo que en el mejor de los casos puede modificar alguna actitud personal. Así es que la alternativa solo puede provenir de la participación de la sociedad civil¹.

Dada la variedad de situaciones al interior de aquella, en América Latina, el nuevo sujeto en germen al que aludimos como «obrero social» sólo puede ser polivalente, múltiple. Tanto la promoción significativa de demandas urbanas y su concreción, así como un estilo de vida alternativo al basado en lo que genéricamente puede calificarse de «esclavitud del consumismo», dependerá de la expansión de la nueva subjetividad constituyente que se pueda ir tejiendo mediante la comunicación horizontal.

Esto quiere decir, concretamente en cuanto a nuestra temática en cuestión, demandas de dos tipos:

- a) lucha por un espacio habitable y sostenible, lo que es también una lucha por el tiempo. Se trata de apostar a una ciudad saludable que planifique espacios para el tiempo libre, el encuentro, la sociabilidad.
- b) lucha por reducir el tiempo de trabajo, ya que la reducción en este caso no es solo cuantitativa sino cualitativa al quitarle significación en la conciencia personal.

¹ Como es conocido, el concepto de sociedad civil — el cual data de la Ilustración — ha experimentado oscilaciones múltiples en cuanto a su significado, sobre todo a partir de Gramsci. Teniendo en cuenta estas ambigüedades, su inclusión aquí alude a lo que Tomás Rodríguez Villasante (1995, p. 261) refiere como «un tercer sistema que crea alternativas de sociedad». El concepto integra una diversidad de experiencias — como formas de economía social — y tiene una lógica interna no de representante-representado. A nuestros efectos, ello nos reenvía a lo que Antonio Negri analiza como «poder constituyente», en el que se resume la política como innovación, la creatividad de las relaciones sociales, en fin, poder social abierto, dinámico, espacio posible de construcción de nuevas subjetividades.

En cuanto al primero, se trata de que las ciudades construyan espacios que desestimen la cultura de la aceleración. Las prácticas en este sentido no son neutras y el capital despliega también a través de la ciudad sus tecnologías temporales. Si la gran ciudad trae intrínsecamente múltiples contactos forzosamente distantes y un ritmo vital rápido en relación al medio rural, deben desalentarse las condiciones que promuevan la neurosis temporal de fin de siglo.

Incluso el informe del Worldwatch Institute de 1992, recomendaba por ejemplo que «una mejor planificación y un mejor diseño pueden crear espacios urbanos que resulten lo suficientemente hospitalarios y seguros para que los habitantes de la ciudad los conviertan en lugar de reunión y esparcimiento». (Lowe, 1992, p. 221). Así una lucha por el espacio es también una lucha por el tiempo.

En relación al transporte, se trata de desestimular el individual y favorecer el colectivo con sistemas eficientes de gran capacidad que no produzca «estrés» adicional en sus usuarios. No resulta nuevo indicar que en términos comparativos, se debe apostar preferentemente por el metro, ferrocarril u otro tipo de transporte eléctrico liviano.

Pero, de acuerdo a lo que venimos sosteniendo, no hay ciudad alternativa sin participación a nivel barrial y ello requiere liberar tiempo a tales efectos. Virilio indicó que «la velocidad absoluta es lo contrario de la democracia, que supone ir hacia los otros, discutir, tomarse tiempo para la reflexión y compartir la decisión. Cuando ya no queda tiempo para compartir, debido a esa fatalidad de la aceleración ya no hay democracia posible» (reproducido en Villasante, 1995, p. 100.). De esta manera se puede decir que el tiempo es resignificado como demanda ambiental.

Pero liberar horas para participar también significa en América Latina tener resuelto al menos mínimamente la inserción laboral, lo que nos lleva al segundo eje planteado en torno al uso del tiempo. En lo inmediato, el trabajo asalariado debe reconstituirse como fuente esencial de derechos y existe la necesidad de integrar a él un conjunto de personas muy importante de excluidos.

La batalla por la reducción de la jornada laboral permitiría de alguna forma un «reparto social» del trabajo, además de la regeneración corporal mediante el aumento del tiempo libre. También en América Latina con largas jornadas de trabajo —es presumible— la importancia del tiempo como demanda se aproxima a la del salario. Debe considerarse, por ejemplo, que mientras la productividad del trabajo se ha quintuplicado al menos, en este siglo, las horas de trabajo semanales permanecen igual.

También en la restricción del tiempo para el trabajo y el tiempo libre —o tiempo de vida— está la contradicción capital-trabajo. Un tiempo libre que no puede ser «un rosario discontinuo de momentos efímeros que logramos robar a la sociedad integralmente sincronizada», al decir de Chesneaux.

En síntesis, defender el derecho al tiempo, es pues una aspiración sustancial, quizás todavía confusa, contra el *estrés* urbano de fin de siglo. Y como hemos visto, si tradicionalmente la defensa del medio ambiente está vinculada al espacio, ello no puede separarse del tiempo.

Pero la construcción de un proyecto alternativo que implique una nueva relación con el ambiente tiene también un horizonte temporal distinto al fijado por la tasa de ganancia ¿puede llegarse a una tasa óptima de explotación de un recurso, por ejemplo?².

En este sentido, la compleja arquitectura temporal de la vida social actual, tiene implicaciones negativas como la pérdida de sentido del futuro. Y esto significa que esa subjetividad constituyente en construcción, debe manejar también parámetros de tiempo diferentes. Sobre todo si se piensa que de ello depende la sobrevivencia de generaciones futuras. ♦

² Más allá de esta pregunta, que aquí tan solo dejamos planteada, cabe recordar que Sweezy ya había trabajado a partir de Marx, la dinámica de las oposiciones entre intereses a largo plazo de la clase dominante en su conjunto y los de corto plazo de sectores de la misma y que merecería todo un estudio comparativo, profundizador, para la temática del medio ambiente.

Bibliografía:

- BAGÚ, Sergio: *Tiempo, realidad social y conocimiento*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970.
- CHESNEAUX, Jean: «El tiempo de la modernidad», *BRECHA* 31/01/92
- DE GAUDEMER, Jean-Paul: *El orden y la producción* (introd. de Carlos Castillo), Madrid, ed. Trotta, 1991.
- DE SOUSA SANTOS, Boaventura: *Um discurso sobre as ciencias*, UNICAMP, ed. Afrontamento, 1993 (1ª ed. 1987).
- ELÍAS, Norbert: *Sobre el tiempo*, México, FCE, 1989.
- FALERO, Alfredo: «Calidad de vida: ¿eslogan afortunado o categoría de análisis?» en *REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES* N° 12, Montevideo, FCU, diciembre de 1996.
- FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón: *La explosión del desorden*, Madrid, Ed. Fundamentos, 1993.
- FOUCAULT, Michel: *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI, 1988 (1a. ed. en francés: 1975).
- GIDDENS, Anthony: *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 1994.
- HARVEY, David: *A condição pós-moderna*, San Pablo, Ed. Loyola, 1993 (1ª. edición en inglés 1989).
- HAWKING, Stephen: *Historia del tiempo*, Madrid, Alianza, 1992.
- JAY GOULD, Stephen: *La flecha del tiempo*, Madrid, Alianza, 1992.
- LEFEBRE, Henri y RÉGULIER, Catherine: «El proyecto ritmoanalítico» contenido en *Tiempo y Sociedad*, comp: Ramón Ramos Torre, Madrid, CISIS.XXI, 1992.
- LE GOFF, Jacques: *Tiempo, trabajo y cultura en el occidente medieval*, Madrid, Taurus, 1983.
- LOWE, Marcia: «Nuevas formas para las ciudades», en *La situación en el mundo* 1992, Informe del Worldwatch Institute, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.
- MARTINEZ ESCAMILLA, R.: «Reflexiones sobre la globalización» en *Problemas del desarrollo*, enero/marzo 1996, México, UNAM/IIIE.
- MARX, Karl: *El capital* Libro I cap. VI (inédito), México, S. XXI, 1985 (12a. ed.).
- NEGRI, Toni: *Fin de siglo*, Barcelona, ed. Paidós, 1992.
- NEIRA ALVA, Eduardo: «Hacia un nuevo paradigma urbano» en *SEGUNDO FORO DE AJUSCO*, México, El Colegio de México, 1996.
- PRIGOGINE, I. y STURGERS, I.: *Entre el tiempo y la eternidad*, Madrid, Alianza, 1990.
- SAGAN, Carl: *Los dragones del Edén*, Barcelona, RBA ed., 1993.
- THOMPSON, E. P.: *Tradicición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Ed. Crítica, 1989.
- VICENS, Jesús: *El valor de la salud*. Madrid, Siglo XXI, 1995
- VILLASANTE, Tomas: *Las democracias participativas*, Madrid, ed. Hoac, 1995.
- WALLERSTEIN, Inmanuel (Coor): *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1996,
- ZEMELMAN, Hugo: *Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento*, México, El Colegio de México, 1996. ♦